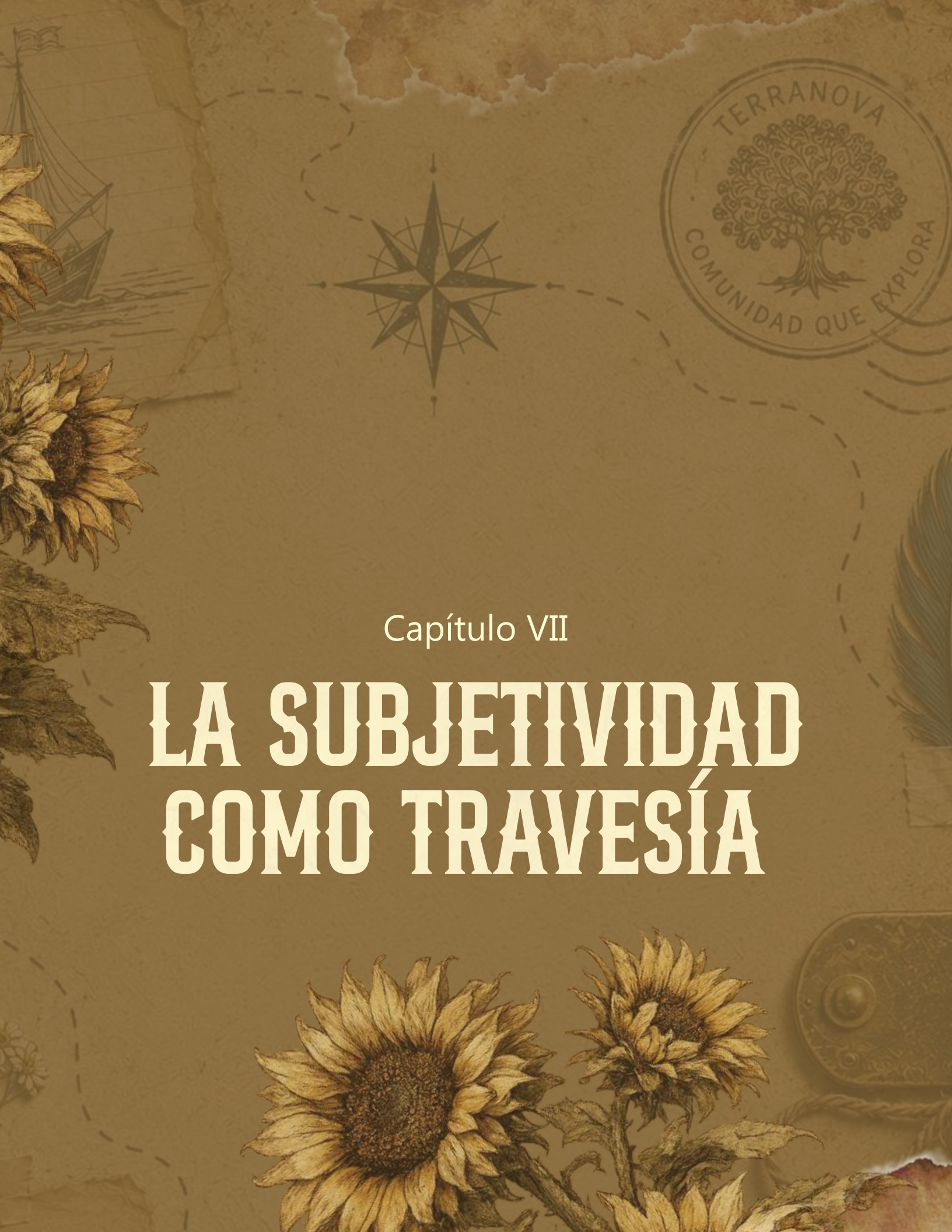




Capítulo VII

LA SUBJETIVIDAD COMO TRAVESÍA

“El amor que practicamos en comunidad nos acompaña dondequiera que vayamos”.

—bell hooks, Todo sobre el amor

Lo que floreció en las niñas y los niños

Toda travesía transforma el paisaje que recorre y también la vida de quienes la emprenden. Terranova ofreció un territorio donde la subjetividad encontró condiciones para desplegarse mediante la experiencia compartida. Mientras la comunidad seguía las huellas del misterio, cada niña y cada niño iba configurando una manera singular de habitar el mundo.

La subjetividad nombra el trabajo mediante el cual la vida va encontrando una forma singular de existir en relación con otras vidas y con el mundo; es un proceso continuo de configuración de la existencia. No corresponde a un conjunto de rasgos que cada persona posee de una vez y para siempre, sino a una forma de participación en la vida que se teje en el encuentro entre el mundo interior y el mundo compartido. Jung (1964) mostró que la psique encuentra su desarrollo al entrar en relación con los símbolos, aquellas imágenes vivas que amplían la conciencia y permiten establecer vínculos cada vez más profundos con la propia existencia. Suely Rolnik (2019), por su

parte, recuerda que la subjetividad permanece en permanente creación, afectada por las fuerzas que atraviesan la experiencia y por la capacidad de cada persona para acogerlas, elaborarlas y darles una forma singular de expresión. La subjetividad encuentra así su espesor en los vínculos, en el cuerpo, en la imaginación, en las historias, en los símbolos y en las experiencias que una comunidad ofrece para que la vida pueda seguir creándose.

Terranova hizo visible esa condición. La constitución subjetiva compartía el ritmo de las semillas que acompañaron toda la travesía. Su crecimiento encontraba expresión en movimientos discretos que reorganizaban la manera de mirar, sentir, pensar y actuar. Las transformaciones aparecían en la disposición para permanecer junto a una pregunta, en la escucha atenta de otra voz, en la confianza para ofrecer una hipótesis, en la capacidad de enlazar acontecimientos distantes o en el cuidado con que las exploradoras y los exploradores protegían aquello que la comunidad reconocía como valioso. La subjetividad florecía precisamente en esas formas cotidianas de participar en la experiencia.

Nuestra mirada también encontró otra sensibilidad para acompañar esos procesos. La atención comenzó a detenerse en escenas que durante mucho tiempo habían permanecido fuera del campo de observación pedagógica: una conversación que abría nuevas relaciones entre los acontecimientos, un silencio compartido alrededor de una huella, la emoción que acompañaba un hallazgo colectivo, el gesto con que una niña protegía la Semilla Dorada o la confianza con la que un niño sostenía una intuición todavía imposible de demostrar. La experiencia desplazaba el interés desde la acumulación de respuestas hacia la calidad de la relación que cada persona establecía con el mundo, consigo misma y con las demás.

Las preguntas adquirirían entonces otra profundidad: enlazaban personas, relatos, símbolos, experiencias y acontecimientos, y hacían surgir sentidos que configuraban la vida compartida y abrían nuevas posibilidades para comprender, crear y habitar la realidad. La investigación expresaba una forma

de participación en la existencia antes que un procedimiento para alcanzar respuestas.

Esa misma disposición alcanzaba la relación con el misterio. Algunas preguntas desplegaban su mayor fecundidad cuando la comunidad les ofrecía tiempo, conversación, imaginación y cuidado. El misterio emergía en la calidad de esa relación con la experiencia. Cada encuentro hacía visibles nuevas imágenes, nuevas conexiones y nuevas posibilidades de sentido, ampliando la vida simbólica de la comunidad y la manera como cada persona participaba en ella. La travesía revelaba que la constitución subjetiva comparte la naturaleza de todo viaje auténtico. Cada experiencia deja una huella, cada encuentro reorganiza la mirada y abre nuevos sentidos a la experiencia compartida. La subjetividad adquiere la forma de una travesía abierta, donde la vida continúa configurándose cada vez que una persona encuentra vínculos, imágenes y experiencias capaces de ampliar su manera de existir.

La confianza para habitar el mundo

La vida sólo se aventura allí donde encuentra condiciones para confiar. Cada nacimiento, aprendizaje y vínculo suponen un movimiento hacia lo desconocido que únicamente puede sostenerse cuando existe un ambiente capaz de acoger la incertidumbre y ofrecer hospitalidad a la experiencia. La confianza constituye una disposición fundamental para habitar el mundo, gracias a ella resulta posible acercarse a aquello que todavía permanece desconocido y sustentar el deseo de seguir explorándolo.

En Terranova la desaparición de los habitantes de la Isla de la Fantasía, las huellas de los Hombres Grises, el silencio de las estatuas, las cartas del Ser Misterioso y los múltiples enigmas que atravesaban la travesía despertaban sorpresa, temor, tristeza y una profunda curiosidad. Ninguna de esas experiencias reclamaba una resolución inmediata. Cada una abría un espacio para permanecer junto a las preguntas, imaginar caminos posibles y descubrir, en compañía de otras personas, nuevas maneras de responder a lo desconocido.

La confianza fue naciendo en el interior mismo de ese recorrido; la travesía encontraba continuidad en un movimiento donde los hallazgos abrían nuevas búsquedas, los símbolos despertaban imágenes inéditas y las conversaciones iban enlazando relaciones que ampliaban la comprensión compartida del mundo. La experiencia adquiría una coherencia narrativa que permitía a las niñas y los niños reconocer que sus preguntas tenían un lugar, que sus intuiciones encontraban escucha y que sus acciones participaban verdaderamente en la transformación de la historia compartida. El mundo se revelaba como un territorio capaz de responder creativamente a quienes entraban en relación con él; la continuidad de la experiencia mantenía vivo el deseo de seguir explorando.

Dolto (1984) recuerda que el deseo constituye una de las fuerzas organizadoras de la vida psíquica. Allí donde una experiencia logra convocarlo, la infancia encuentra motivos para salir al encuentro del mundo, investirlo afectivamente y crear nuevas formas de relación con él. En Terranova ese deseo encontraba alimento en la propia travesía. La desaparición de los habitantes de la Isla de la Fantasía mantenía abierta una pregunta que seguía convocando a las exploradoras y los exploradores, alentando expediciones, hipótesis, conversaciones, obras de arte, rituales y formas inéditas de cooperación. La búsqueda adquiría un sentido que desbordaba la resolución de un enigma, expresaba el deseo de comprender, de cuidar aquello que amaban y de asumir responsabilidad por el destino de la historia compartida. El deseo dejaba de orientar únicamente la curiosidad; comenzaba también a organizar una forma de compromiso con el mundo.

Todo deseo necesita, sin embargo, un ambiente donde pueda sostenerse sin extinguirse frente a la incertidumbre. Winnicott (1971) señala que la creatividad encuentra sus condiciones de posibilidad en un entorno suficientemente confiable, capaz de acoger el gesto espontáneo y ofrecerle condiciones para desplegar toda su potencia creadora. Terranova procuró ofrecer ese suelo mediante la continuidad narrativa de la experiencia, la permanencia de los símbolos, la estabilidad de los vínculos y el tiempo concedido a cada proceso. Las niñas y los niños encontraban un mundo

disponible mientras sus preguntas maduraban, sus hipótesis se transformaban y sus intuiciones encontraban una forma compartida de expresión. La confianza echaba raíces en la experiencia reiterada de descubrir que sus iniciativas encontraban acogida y que sus acciones podían modificar el rumbo de la travesía.

Cuando el deseo encuentra un ambiente que lo sostiene, la creatividad adquiere continuidad. Sara Barrena (2008), al desarrollar la tradición pragmatista de Charles Sanders Peirce, recuerda que crear exige perseverancia, cooperación y confianza en la capacidad humana para producir conocimiento mediante la experiencia. Crear supone sostener una intuición antes de que alcance la forma de una certeza, aceptar que el pensamiento encuentra su forma entre tanteos y rectificaciones, y reconocer que cada hallazgo abre nuevas preguntas. Esa dinámica recorría la vida cotidiana de Terranova. Las exploradoras y los exploradores avanzaban bajo el impulso del deseo de comprender; cada descubrimiento fortalecía la confianza en la búsqueda compartida y renovaba la disposición para seguir explorando aquello que permanecía abierto. El deseo encontraba así un cauce creador que ampliaba la experiencia y fortalecía la capacidad colectiva de producir sentido.

La confianza adquiriría así una densidad que trascendía el ámbito de las emociones para convertirse en una forma de existencia. La constitución subjetiva encontraba allí uno de sus apoyos más profundos: descubrir que la realidad siempre guarda posibilidades que sólo se revelan a quienes permanecen en relación con ella. Como las semillas que durante meses parecían guardar silencio bajo la tierra, el mundo también conserva formas de vida que esperan una comunidad capaz de confiar en su tiempo de germinación.

La co-creación del mundo

La confianza abrió una posibilidad decisiva para la constitución subjetiva. Al experimentar que el mundo respondía a sus preguntas, a sus decisiones y a

sus acciones, las exploradoras y los exploradores comenzaron a reconocerse como participantes en la creación de la realidad compartida. La travesía dejaba de ser una historia que simplemente acontecía delante de ellas y ellos; encontraba continuidad en las interpretaciones, los símbolos y las decisiones que la comunidad iba creando mientras la habitaba. Las expediciones, las hipótesis que se enlazaban unas con otras, los símbolos nacidos de las conversaciones y las formas de responder a los misterios modificaban continuamente el rumbo de la experiencia. La realidad aparecía como una obra abierta cuya configuración permanecía disponible para quienes aceptaban implicarse en ella.

Una conversación sostenida por Los Trovadores permitió reconocer con claridad ese desplazamiento. Mientras intentaban comprender la desaparición de los habitantes de la Isla de la Fantasía, Sebastián interrumpió el diálogo (Arango, 2015):

- "Mira... lo que estamos haciendo es parte de la historia... Lo que pasó con James es parte de la historia... La Isla de la Fantasía también... Todo esto es una historia."

La conversación continuó hasta que apareció una afirmación que terminó por transformar el lugar desde donde las niñas y los niños comprendían la travesía.

Consejera: "¿Entonces nosotros también somos personajes de esa historia?"

Sebastián: "Sí... la historia que jamás existió... la vamos a hacer."

Sofía: "La estamos inventando."

Las exploradoras y los exploradores dejaban de reconocerse únicamente como habitantes de Terranova para descubrirse como quienes también iban escribiendo su historia. La travesía encontraba continuidad en sus decisiones, en las relaciones que establecían entre los acontecimientos y en los sentidos que iban produciendo colectivamente. La realidad dejaba de presentarse como un escenario previamente dado para revelarse como una obra cuya existencia dependía de la participación de toda la comunidad.

HABITAR EL MISTERIO

Hannah Arendt (1958) sitúa precisamente allí la aparición del mundo común. El mundo adquiere consistencia cuando las personas comparecen unas ante otras, ofrecen su palabra, actúan juntas y asumen responsabilidad por aquello que construyen. La realidad deja de ser únicamente el lugar donde transcurre la vida para convertirse en una obra compartida que permanece abierta a nuevas posibilidades de creación. Terranova ofrecía esa experiencia desde la infancia. Cada expedición, cada símbolo, cada conversación y cada decisión ampliaban el mundo compartido porque hacían aparecer relaciones que todavía permanecían invisibles y abrían formas inéditas de comprender la existencia.

La educación encontraba allí una de sus tareas más fecundas. Paulo Freire (1970) comprendió que conocer significa leer el mundo para participar en su transformación junto a otras personas. Las exploradoras y los exploradores construían las preguntas que orientaban la investigación, elaboraban hipótesis, ensayaban interpretaciones y proponían acciones que modificaban el rumbo de la travesía. El conocimiento adquiría una condición profundamente vital. Nacía del deseo de comprender aquello que afectaba a la comunidad y encontraba sentido al producir respuestas a los desafíos que la propia experiencia iba planteando.

Ese proceso también permite comprender cómo se constituye el pensamiento. Lev Vygotsky (1978) mostró que las funciones psicológicas superiores encuentran primero una existencia compartida antes de organizarse como experiencia singular. Terranova hacía visible esa condición relacional del conocimiento. Las ideas circulaban entre los refugios, crecían durante las asambleas de Los Trovadores, encontraban nuevas relaciones en las conversaciones cotidianas y regresaban enriquecidas por las múltiples voces que participaban en su elaboración. Pensar adquiría la forma de una construcción compartida donde cada perspectiva ampliaba las posibilidades de las demás y donde la comprensión encontraba continuamente nuevos caminos para seguir creciendo.

La experiencia tampoco encontraba un único lugar de elaboración. Varias veces por semana el equipo de maestras, maestros y profesionales nos

reuníamos para releer las escenas vividas desde nuestros distintos lenguajes disciplinares. Arte, música, lenguaje, ciencias, psicología y las maestras de refugio aportaban sensibilidades diferentes para comprender aquello que estaba ocurriendo. Las intuiciones formuladas por las niñas y los niños seguían desplegándose en esas conversaciones y regresaban después a la comunidad convertidas en nuevas posibilidades para la travesía. También nuestra comprensión de la infancia iba transformándose en ese ejercicio compartido de interpretación. Terranova adquiría la forma de una comunidad creadora donde ninguna mirada alcanzaba por sí sola a contener la riqueza de aquello que estaba naciendo.

Esteban Levin (2014) invita a quienes trabajamos con la infancia a ofrecer escenarios donde las niñas y los niños puedan producir experiencia y reconocerse como creadoras y creadores de realidad. La experiencia deja de ser una sucesión de acontecimientos para convertirse en una inscripción sensible que continúa organizando la existencia mucho después de que el acontecimiento ha concluido. Mientras la comunidad daba forma a la historia, la historia iba dando forma a la comunidad, dejando en quienes la habitábamos una huella capaz de seguir produciendo nuevas maneras de sentir, pensar y actuar.

La co-creación revelaba una dimensión esencial de la constitución subjetiva. Daniel Stern (1985) desarrolló la idea de que el sentido de sí mismo encuentra uno de sus primeros lugares de organización en la experiencia intersubjetiva, donde los gestos, las voces, las miradas y los ritmos compartidos configuran una manera de existir con otras personas. En diálogo con la comprensión de la subjetividad como producción, desarrollada por Suely Rolnik (2019), esta experiencia permitió reconocer que la subjetividad despliega su potencia creadora precisamente en el encuentro con otras subjetividades. Allí produce sentidos, inaugura mundos simbólicos y ensancha las posibilidades de habitar la realidad. Crear mundo significaba, al mismo tiempo, crear nuevas posibilidades de existencia para quienes participábamos en esa obra común. La constitución subjetiva encontraba así una de sus expresiones más

profundas: la experiencia de que el mundo continúa naciendo allí donde una comunidad acepta crear, interpretar, cuidar y transmitir, juntas y juntos, los sentidos que hacen posible la vida compartida.

Custodiar el mundo

La creación alcanza una de sus expresiones más profundas cuando despierta el deseo de custodiar aquello que ha llegado a existir. A medida que la travesía avanzaba, las decisiones de las exploradoras y los exploradores comenzaron a orientarse hacia esa forma de relación con el mundo. El centro de sus preocupaciones se desplazaba silenciosamente; resolver el misterio de los Hombres Grises seguía siendo importante, pero la atención comenzaba a dirigirse, sobre todo, hacia las condiciones que permitirían preservar, fortalecer y multiplicar la vida que Terranova había hecho florecer.

Las conversaciones de Los Trovadores hicieron visible esa transformación. La Semilla Dorada dejó de ser únicamente un tesoro escondido para convertirse en una responsabilidad compartida. Las propuestas que surgían durante las asambleas ya no buscaban solamente protegerla, imaginaban sembrar girasoles en distintos lugares del bosque para confundir a los Hombres Grises mientras la verdadera semilla encontraba un lugar seguro; proponían cultivarla para multiplicar sus frutos y preparar con ellos una poción capaz de compartir el Poder Dorado con toda la comunidad. Cada idea ampliaba el horizonte de la travesía porque ninguna pensaba la vida como un bien destinado a conservarse para unos pocos. Toda propuesta encontraba sentido al imaginar cómo aquello que había sido recibido podía seguir creciendo al ser compartido.

Algo semejante ocurrió con las cartas que llegaban desde el árbol. Las estatuas de San Agustín, las plumas encontradas junto a los mensajes y las huellas dispersas por Terranova comenzaron a enlazarse hasta dar origen a una nueva interpretación. Los Trovadores imaginaron que el Ser Misterioso era un antiguo sabio indígena, custodio de una memoria mucho más antigua que la propia travesía. Decidieron escribirle para invitarlo a hacerse presente y

compartir con la comunidad aquello que sólo él parecía conocer. La llegada de Ayerlén respondía a esa llamada.

La búsqueda adquiría otra profundidad y el interés ya no se concentraba sólo en descubrir respuestas. Comenzaba a desplegarse el deseo de recibir una herencia, de reconocer a quienes con antelación habían cuidado el territorio, y de dejarse transformar por una memoria que pertenecía a muchas generaciones.

La experiencia iba revelando, de este modo, una comprensión distinta de la existencia. La vida aparecía como una corriente que circula entre quienes aceptan recibirla, sostenerla y entregarla nuevamente enriquecida. Las semillas encontraban sentido al multiplicarse, los relatos permanecían vivos al volver a ser narrados, los conocimientos crecían al atravesar nuevas voces y nuevas generaciones. Incluso el misterio ampliaba su fecundidad cada vez que una comunidad encontraba tiempo para permanecer junto a él; custodiar comenzaba a significar participar activamente en esa continuidad creadora.

Una escena permitió reconocer con especial claridad ese desplazamiento. Después de varias semanas reconstruyendo las historias de la Isla de la Fantasía, Sofía dijo:

- "Debemos guardar en nuestra memoria cada cosa que les pasa a los personajes. Las historias deben quedar para siempre en nuestra cabeza. Así, si los Hombres Grises quisieran quemar todos los libros de cuentos, nosotros los podríamos volver a escribir."

Aquellas palabras desplazaban profundamente el sentido de la memoria.

Recordar dejaba de ser un ejercicio dirigido al pasado para convertirse en un acto de futuro. Las historias encontraban continuidad porque alguien aceptaba llevarlas consigo y volver a ofrecerlas al mundo. La transmisión aparecía como una forma de creación. Cada narración acogía la herencia recibida, la enriquecía con nuevas experiencias y la preparaba para quienes todavía no habían llegado. Así, la cultura encontraba su vitalidad

precisamente en esa capacidad de transformarse sin romper el hilo que la unía con quienes la habían tejido antes.

La travesía permitía reconocer que el cuidado nace mucho antes que cualquier principio moral; surge allí donde el vínculo con la vida alcanza tal intensidad que despierta el deseo de proteger aquello que ha revelado su valor. Esa disposición aparecía cuando las niñas esperaban el crecimiento de la Semilla Dorada, cuando los niños permanecían atentos a una planta recién nacida, la comunidad escuchaba una hipótesis hasta el final antes de reemplazarla por otra, las historias encontraban nuevos narradores, o cuando el Poder Dorado dejaba de pensarse como un tesoro para convertirse en un bien destinado a circular entre todas y todos: el cuidado encontraba su origen en el amor por el mundo compartido.

La reflexión de Emmanuel Levinas (1974) permite poner palabras a esa experiencia: la subjetividad alcanza una de sus expresiones más hondas cuando la existencia se descubre convocada por la vulnerabilidad del otro. Antes de convertirse en una norma, la responsabilidad aparece como una forma de respuesta frente a aquello cuya fragilidad reclama nuestra presencia. Leonardo Boff (1999) prolonga esa intuición al comprender el cuidado como la actitud fundamental que sostiene la continuidad de la vida. Cuidar significa participar en la conservación de las condiciones que permiten que la existencia siga desplegándose. En Terranova nadie enseñó a las exploradoras y los exploradores una ética del cuidado, sin embargo la experiencia misma fue haciendo nacer esa disposición mientras el vínculo con la comunidad, las historias, las semillas y el misterio se volvía cada vez más profundo.

La constitución subjetiva revelaba aquí otra dimensión: la imaginación había abierto la posibilidad de crear mundo y la creación despertaba el deseo de custodiarlo. Ambas experiencias pertenecían al mismo proceso vital; quien participa en el nacimiento de algo descubre también la responsabilidad de acompañar su crecimiento. La subjetividad encontraba así una nueva

profundidad al experimentar que el mundo compartido permanecía vivo gracias a los vínculos que una comunidad decidía sostener. Las historias seguían respirando porque alguien volvía a narrarlas, las semillas continuaban floreciendo porque unas manos permanecían atentas a su crecimiento, la esperanza encontraba continuidad porque una generación aceptaba recibirla y entregarla nuevamente enriquecida a la siguiente.

La experiencia dejaba ver, finalmente, que el mundo nunca pertenece por completo a quienes lo reciben. Cada generación llega a una obra iniciada mucho antes de su nacimiento y llamada a continuar mucho después de su partida. Custodiar el mundo significa aceptar esa pertenencia recíproca entre la vida que recibimos y la vida que estamos llamadas y llamados a prolongar. La constitución subjetiva encuentra allí una de sus expresiones más maduras: experimentar que aquello que amamos también depende de nuestras manos y que toda creación encuentra su plenitud cuando alguien decide cuidarla para que otras vidas puedan seguir habitándola.

Lo que permanece

Las travesías nunca concluyen el día en que termina el viaje. Permanecen respirando en la manera en que una comunidad vuelve sobre una historia, en la pregunta que reaparece mucho tiempo después o en el gesto con que alguien cuida aquello que un día aprendió a amar.

Terranova fue un bosque, una isla, un mapa, un árbol que traía cartas y una comunidad reunida alrededor de un misterio. También fue el tiempo compartido entre niñas, niños y personas adultas que aceptaron demorarse junto a una pregunta, sostener el asombro y confiar en que la vida encuentra su propio ritmo para desplegarse. Ninguna de esas imágenes concluye cuando el año escolar llega a su fin. Continúan viajando de unas vidas a otras porque encontraron un lugar desde donde seguir transformando la experiencia.

HABITAR EL MISTERIO

La escuela constituye uno de los pocos lugares donde una comunidad puede conceder tiempo suficiente para que la vida alcance profundidad. Allí una historia encuentra raíces, una amistad madura, una pregunta permanece abierta el tiempo necesario para transformarse en pensamiento y una semilla encuentra las condiciones para completar su recorrido; donde el asombro encuentra hospitalidad, la imaginación continúa produciendo mundo.

Las experiencias que alcanzan a tocar la vida permanecen creciendo en silencio. Regresan bajo la forma de una imagen que adquiere un significado inesperado, de una conversación que vuelve a abrir un camino o de un símbolo que encuentra una nueva voz para seguir diciendo aquello que todavía no termina de revelarse. Así viajan también las historias, la cultura y la esperanza: de unas generaciones a otras, renovándose cada vez que una comunidad decide recibirlas, recrearlas y transmitir las.

Permanece una comunidad reunida alrededor de una historia.

Permanece el árbol que guardó la memoria de las cartas.

Permanece la Semilla Dorada creciendo bajo la tierra.

Permanece la pregunta que un día nos convocó.

Permanece el asombro que nos movilizó.

En esa constelación de imágenes continúa latiendo el corazón de Terranova. Una comunidad que concede tiempo al misterio, acompaña el crecimiento de la vida y descubre que el mundo continúa naciendo allí donde una historia encuentra quien la escuche y una semilla encuentra quien la cuide.

Allí la vida conserva intacta su capacidad de volver a nacer.

HABITAR EL MISTERIO











